

«HAY QUE SER MUY VALIENTE PARA VIVIR CON MIEDO». VEJEZ E INFANCIA EN LOS ÚLTIMOS POEMARIOS DE ÁNGEL GONZÁLEZ, FRANCISCA AGUIRRE, ANTONIO GAMONEDA Y FÉLIX GRANDE

MARÍA DEL PILAR NICOLÁS MARTÍNEZ*

Resumen: *El propósito de esta ponencia es profundizar en las relaciones entre los temas y motivos que comparten las últimas obras, escritas durante la ancianidad, pero con una tenaz presencia de la infancia, de cuatro reconocidos poetas españoles: Ángel González, Francisca Aguirre, Antonio Gamoneda y Félix Grande. Diferentes en su estilo literario, están unidos por un hecho clave que marcaría su obra: el haber vivido una niñez aterrada por la guerra y una posguerra brutal para los vencidos.*

Palabras clave: *Ancianidad; Infancia; Guerra civil; Ángel González; Francisca Aguirre; Antonio Gamoneda; Félix Grande.*

Abstract: *The purpose of this article is to analyse the relationships between the themes and motifs shared in the last works, written during old age, but with a tenacious presence of childhood, by four renowned Spanish poets: Ángel González, Francisca Aguirre, Antonio Gamoneda and Félix Grande. Although different in style, they are united by a key fact which characterises their work: having experienced a childhood in which they were terrified by war and a post-war period which was brutal for the vanquished.*

Keywords: *Old Age; Childhood; Civil War; Ángel González; Francisca Aguirre; Antonio Gamoneda; Félix Grande.*

INTRODUCCIÓN

Los escritores españoles nacidos en torno a 1925 y que comenzaron a publicar en la década de 1950 han sido agrupados por la crítica literaria bajo diferentes denominaciones: «Generación del 50», «Generación del medio siglo» o «Generación de los niños de la guerra»; pese a que algunos cuestionasen la pertinencia de incluirlos bajo el término generación literaria, pues no creían compartir un pensamiento y estilo lo suficientemente próximo como para ser considerados como tal. De ahí que, entre los poetas ganó preferencia la designación «Grupo poético de los años 50», nombre acuñado por Juan García Hortelano en el título de la antología publicada en 1978 y

* Universidade do Porto/CITCEM. Email: mmartinez@letras.up.pt.

que al gozar de aceptación tuvo varias reediciones. En ella incluía diez autores¹ que nacieron entre 1925 y 1934, dándose a conocer en los ambientes literarios españoles a mediados del siglo XX.

De los cuatro escritores que hablaremos en este artículo, solo Ángel González (1925-2008) aparecía en la compilación de García Hortelano y, en general, es el único encuadrado sistemáticamente en aquellos estudios que consideran a estos poetas como un grupo cohesionado. Los otros tres, aun compartiendo vivencias e influencias culturales comunes y formando parte, en efecto, de una misma generación cronológica, no fueron incluidos por diversos motivos. En el caso de Francisca Aguirre (1930-2019), aunque coincide en su fecha de nacimiento con dichos autores, debe tenerse en cuenta que publicó su primer libro, *Ítaca*, en 1972. En cambio, Antonio Gamoneda (1931) se dio a conocer en 1960 con *Subelevación inmóvil*, libro finalista del Premio Adonáis de poesía, pero a partir de ese momento tuvo que enfrentarse a numerosos problemas con los censores, motivo por el cual sufrió un largo parón creativo hasta que volvió a publicar en los años 80. Félix Grande (1937-2014) también obtuvo el Premio Adonáis de poesía en 1963 con su poemario *Las piedras*, pero por fecha de nacimiento (es el más joven) se alejaba de la primera etapa de esta generación que según Carlos Marzal «podríamos llamar de agrupación, de reunión»². Sin embargo, en este trabajo no analizaremos sus primeros libros, aquellos con los que iniciaron su carrera literaria, sino sus últimas obras producidas durante su ancianidad y ya como poetas consagrados. Un tercer momento al que Marzal denomina «de carácter investigador. Es el de revisión de la nómina fijada, del canon generacional, que no termina de verse en su riqueza hasta pasados bastantes años»³.

En 2008 se publica, de forma póstuma, *Nada grave*, el último libro de Ángel González, escrito lentamente mientras se acercaba a los ochenta años. En ese tiempo González construye un libro desesperanzado, en el que se presiente verso a verso la muerte y se describe el cuerpo como un «yo sombrío»⁴ y fatigado; y pese a todo ese desconsuelo, se aprecian destellos de vitalismo que acompañan a los recuerdos, flujo de la vida: «cuyo murmullo lejano aún oye mi corazón»⁵.

Cumplidos los setenta años, los recuerdos también afloran constantemente en los poemarios escritos a partir del 2000 por Francisca Aguirre. En *La herida absurda*, *Nanas para dormir desperdicios*, *Historia de una anatomía* o *Una larga dolencia* se

¹ Ángel González (1925-2008), José Manuel Caballero Bonald (1926), Alfonso Costafreda (1926-1974), José María Valverde (1926-1996), Carlos Barral (1928-1989), José Agustín Goytisolo (1928-1999), Jaime Gil de Biedma (1929-1990), José Ángel Valente (1929-2000), Francisco Brines (1932) y Claudio Rodríguez (1934-1999).

² MARZAL, 2013: 88.

³ MARZAL, 2013: 89-90.

⁴ GONZÁLEZ, 2008: 23.

⁵ GONZÁLEZ, 2008: 55.

entremezclan homenajes a sus padres, episodios y reflexiones sobre la niñez: «Yo recuerdo mi infancia y no sé cómo/casi siempre termino recogiendo escombros»⁶; pero además medita sobre la condición humana, el paso del tiempo o el extrañamiento que produce el propio cuerpo deteriorado.

La necesidad de reconstruir la memoria infantil también es una inquietud que comparte Antonio Gamoneda. En 2009 publica *Un armario lleno de sombra* donde afirma:

No sé si la voluntad de escribir sobre mi infancia —de escribir mi infancia— tiene alguna causa. El olvido progresa en mí y se hace parte de un silencio intelectual que, fugazmente, me proporciona algo parecido a un bienestar. Un bienestar vacío.

*En el olvido están los recuerdos. Advierto que mi aprendizaje de vejez no es otra cosa que la forma que adoptan ahora en mí el pasado y sus sombras*⁷.

Félix Grande edita en 2011 *Libro de familia*, que comienza con el emocionante poema «Grupo escolar». En este texto el anciano se mira así mismo en una fotografía de niño y exclama: «Cuánto miedo,/cuánto dos ojos, hijo mío, pariente/absoluto y menesteroso!»⁸, para luego consolar a ese yo infantil relatándole la que será su propia vida, hablándole de los viajes que hará y de su futura hija; y termina aconsejándole, aconsejándose: «Cálmate. Cálmame. Danos por fin la paz que necesitas/para envejecer despacito y morir sonriendo, hijo mío, mi infancia»⁹.

Partiendo de lo expuesto, a continuación, se analizarán los motivos y temas que comparten los últimos libros de estos cuatro reconocidos poetas españoles, obras en las que se reflexiona sobre lo que supone la vejez, pero en las que también aparece con tenacidad la evocación de la niñez.

«¿NO ES HERMOSO, POR FIN, VIVIR SIN MIEDO?»¹⁰

En la contraportada de *Palabra sobre palabra* Ángel González esbozaba su biografía de la siguiente manera:

*Nací en Oviedo en 1925. El escenario y el tiempo que corresponden a mi vida me hicieron testigo —antes que actor— de innumerables acontecimientos violentos: revolución, guerra civil, dictaduras. Sin salir de la infancia, en muy pocos años, me convertí, de súbdito de un rey, en ciudadano de una república y, finalmente, en objeto de una tiranía. Regreso, casi viejo, a los orígenes, súbdito de nuevo de la misma Corona*¹¹.

⁶ AGUIRRE, 2018: 395.

⁷ GAMONEDA, 2009: 5.

⁸ GRANDE, 2011: 11.

⁹ GRANDE, 2011: 13.

¹⁰ De «Ambigüedad de la catástrofe» en GONZÁLEZ, 2008: 47.

¹¹ GONZÁLEZ, 2001.

Su obra poética durante el siglo XX consta de diez libros recopilados en sucesivas ediciones, por la editorial Seix Barral, bajo el título *Palabra sobre palabra* a los que, a partir del 2000, se le suman otros tres poemarios. El primero *101 + 19 = 120 poemas* (2000) se trata, como apunta el título, de una antología a la que se le unen diecinueve poemas inéditos. Al año siguiente la editorial Tusquets publica *Otoños y otras luces*, en donde aparecen temas recurrentes en su obra como la reflexión sobre el paso del tiempo, el amor, la propia creación poética o la memoria, que en este caso toma forma en los homenajes dedicados a otros poetas contemporáneos y amigos, como Claudio Rodríguez, o las referencias intertextuales a escritores clave de la poesía española contemporánea como Juan Ramón Jiménez o Pedro Salinas. Y, por último, su poemario *Nada grave* publicado en mayo de 2008, cuatro meses después del fallecimiento de González con ochenta y dos años.

En el prólogo a este libro el poeta Luis García Montero y el editor Jesús García Sánchez cuentan que Susana Rivero (la viuda del poeta) encontró entre sus archivos dos libros en proceso, uno de ellos: *Nada grave*, cuyo título, según la propia Rivero, pretendía homenajear el poema de Rosalía de Castro «Hoy o mañana». Además de esta referencia, se aprecia en este título un rasgo característico de la poesía de González: el uso de la ironía, dado que recurre a una expresión utilizada con frecuencia para restar importancia a un trance difícil, atenuación que contrasta con el tono triste de los 27 poemas que componen el libro. En ellos se habla del fin de la vida, de la ausencia, de la decadencia física, de la falta de fuerzas, del desánimo, del dolor que producen ciertos recuerdos y de la proximidad de la muerte. Muerte entendida por el poeta como desaparición total, como la caída en la nada. Nada se espera ya, nada puede ya aportar y nada es lo que esconde el final. No obstante, como contraposición a la desesperanza, existe la capacidad de contemplar en un instante fugaz la belleza revelada como «presente inmortal»¹², agradeciendo «el regalo de la luz»¹³ y declarándose, en «El poema de los 82 años», «enamorado/del agua, del agua aquella» del «río de la vida»¹⁴.

Esta es una obra introspectiva, la gran parte de los poemas están escritos desde una primera persona que se dirige a un tú inconcreto. A veces el lector puede intuir que por detrás se encuentra una persona (la madre, un amor...), pero la mayoría de las veces es un «tú» o un «sin ti» que personifica la vida o la muerte. La dedicatoria del libro, que podría considerarse un poema más, da muestra de ello:

¹² GONZÁLEZ, 2008: 37.

¹³ GONZÁLEZ, 2008: 51.

¹⁴ GONZÁLEZ, 2008: 55.

*Sin ti la poesía
ya no me dice nada,
y nada tengo que decirle a ella.
La única palabra
que entiendo y que pronuncio
es ésta
que con todo mi amor hoy te dedico:
nada¹⁵.*

Tal como se aprecia, la palabra «nada» se repite tres veces para acentuar el desaliento, sin el impulso vital lo poético desaparece. Pero el humor no, pues esa negación se profiere con «todo mi amor».

El primer poema del libro se titula «Orazal»¹⁶, término que invierte el nombre Lázaro que da sentido a la composición. El yo lírico es un resucitado, al igual que el personaje bíblico del *Nuevo testamento*: Lázaro de Betania, cuyo episodio de resurrección se narra en el Evangelio de Juan (capítulo 11, versículos 11-44). Solo que en este caso el «resucitado de la vida [...] regresa al reino de la nada» donde se encuentra «sombras familiares» a las que aclara que su vuelta al mundo de los muertos no es aún debido a la muerte en sí, sino al «fracaso de la vida».

En varias composiciones se aprecia una estrecha relación entre el sujeto lírico y su identificación con una sombra. La más explícita titulada, precisamente, «Una sombra»¹⁷, empieza declarando: «La madre que me parió,/en el momento de alumbrarme,/no sabía que daba a la luz un pedazo de sombra». Creció «Y acabó ensombreciendo cuanto le rodeaba». Ahora en la vejez, ese individuo taciturno, siente un dolor: el remordimiento de la culpabilidad «de todo lo que había ensombrecido» durante su vida.

También se alude a la figura materna en la breve composición «Quizá mejor ya no», cuando declara:

*Tanto la he llamado, tanto
he suplicado su asistencia,
que ahora,
cuando apenas si tengo ya voz para llamarla,
casi lo que más temo es que al fin venga.
No me vuelva a dar la vida¹⁸.*

¹⁵ GONZÁLEZ, 2008: 20.

¹⁶ GONZÁLEZ, 2008: 21.

¹⁷ GONZÁLEZ, 2008: 33.

¹⁸ GONZÁLEZ, 2008: 29.

A lo largo, de esa vida ha anhelado el auxilio de una figura, pueda esta entenderse como real (alguien concreto) o metafórica (algo que dé sentido a la existencia), para ya de anciano vivir con la amenaza de que se concrete su deseo, lo que lo alejaría de una muerte ahora esperada.

La referencia al miedo aparece en los poemas «Ambigüedad de la catástrofe» o «Hay que ser muy valiente». En el primero, se establece una relación entre la pérdida de todo lo importante «amor, familia, bienes, esperanzas»¹⁹ y la libertad, pues la desposesión supone, por fin, una forma de vivir sin temor; aunque alcanzada esa libertad, se produzca la paradoja de que ya no es necesario vivir.

En el segundo, el poema sentencia al comenzar: «Hay que ser muy valiente para vivir con miedo», para concluir insistiendo: «Para vivir muerto de miedo,/hace falta, en efecto, muchísimo valor». Esa dualidad entre el miedo y el valor se convierte en la obra de Ángel González en una constante vital. En este sentido interesa relacionar este poema con «Primera evocación», aquel que cierra el libro *Tratado de urbanismo*²⁰, donde el escritor recuerda a su madre, su infancia durante la guerra civil española (cuando asesinaron a su hermano) y el estremecimiento ante lo incomprensible, una herencia que le acompañará siempre:

*Recuerdo
bien
a mi madre.
Tenía miedo del viento,
era pequeña
de estatura,
la asustaban los truenos,
y las guerras
siempre estaba temiéndolas
de lejos, [...]
Llegó también la guerra un mal verano.
Llegó después la paz, tras un invierno
todavía peor. Esa vez, sin embargo,
no devolvió lo arrebatado al viento.
Ni la lluvia
pudo borrar las huellas de la sangre.
Perdido para siempre lo perdido,
atrás quedó definitivamente*

¹⁹ GONZÁLEZ, 2008: 47.

²⁰ 1.ª ed., 1967; 2.ª ed., 1976.

*muerto lo que fue muerto.
Por eso (y por más cosas)
recuerdo muchas veces a mi madre:
cuando el viento
se adueña de las calles de la noche,
y golpea las puertas, y huye, y deja
un rastro de cristales y de ramas
rotas, que al alba
la ciudad muestra desolada y lívida²¹.*

«DUEÑOS DEL MIEDO, EL POLVO, EL HUMO, EL VIENTO»²²

La experiencia del miedo cuando era niña, del terror desencadenado por la Guerra Civil y las atroces consecuencias para su familia durante la posguerra (su padre el pintor Lorenzo Aguirre fue condenado a muerte en 1942) se convierten, de manera más patente que en la obra de Ángel González, en una memoria constantemente revisitada en toda la poesía de Francisca Aguirre.

Ya en su primer libro *Ítaca* (1972), en el poema «Paisajes de papel», confiesa:

*Aquella infancia fue más bien triste.
Ser niño en el cuarenta y dos parecía imposible. [...]
Un día amanecemos lentas, crecidas,
llenas de miedo, de presente.
Buscábamos palabras en el diccionario
con el afán de comprenderlo todo:
necesitábamos hacer lenguaje²³.*

En su necesidad de «hacer lenguaje» para comprender lo que le tocó vivir y, como ella misma dijo en su libro de memorias *Espejito, espejito*: «tal vez porque en demasiadas ocasiones no se contó conmigo en el debate de la vida»²⁴, Aguirre escribió once poemarios, de los cuales ocho fueron publicados cuando la autora contaba con más de 65 años. Pese a que desde su primera obra la crítica apunta a la originalidad de su voz propia y recibe distintos premios, la difusión más amplia de su poesía llega tardíamente; sobre todo a partir de concedérsele el Premio Nacional de Poesía en 2011 por *Historia de una anatomía* y el Premio Nacional de las Letras Españolas en 2018.

²¹ GONZÁLEZ, 2001: 233-234.

²² De «Propietarios» en *Ítaca*, 1972, en AGUIRRE, 2018: 72.

²³ AGUIRRE, 2018: 53-54.

²⁴ AGUIRRE, 1995: 14.

Como María Ángeles Pérez López señala en su notable prólogo a la poesía completa de la escritora: «Quizá toda la obra de Francisca Aguirre sea un gesto de esperanza desesperanzada, un modo en que resistir a la desolación²⁵».

En este trabajo nos centraremos en dos de sus últimas obras, escritas con más de ochenta años, el mencionado *Historia de una anatomía* (2010) y *Una larga dolencia* (2017).

Historia de una anatomía se divide en dos partes: «Fisiología» y «Anamnesis». La definición de estas palabras nos da la clave de la estructura del libro. A la primera parte, Aguirre le da el nombre de la ciencia que tiene por objeto el estudio de las funciones de los seres vivos; con poemas como «Radiografía», «La cabeza», «Las manos», «La sed», «La columna vertebral», «Las pasiones», «La voluntad» o «El sueño», reflexiona sobre la función física y moral de lo que conforma el cuerpo y el alma.

Aun cuando trata temas similares, el tono es muy diferente al del libro *Nada grave* de Ángel González. Es también el poemario de una anciana, pero observa su cuerpo de manera distanciada, sin patetismo o pesimismo, como si lo estuviera descubriendo y recogiera sus reflexiones sobre el hallazgo. Así en el poema «Oxímoron» afirma:

*Nadie sabe el asombro que produce
descubrir un buen día que tu cuerpo
en el que desde siempre has habitado
alegremente
descuidadamente
era un extraño territorio en el que nada controlabas²⁶.*

Ese descubrimiento recoge la constatación, por un lado, de que el cuerpo, antes acompañante mudo de la acción y la voluntad, toma ahora el protagonismo de la cotidianidad. Y, por otro lado, de que la aparente insignificancia del día a día, algo que antes pasaba desapercibido, se va conformando a lo largo del poemario en el mejor campo de observación de la sustancia de lo que supone vivir. Por ejemplo, en «El aliento» se revela:

*Hay tantas cosas que existen
pero que no las vemos.
Y sin embargo laten
viven de una manera tan definitiva
tan grave y decisoria que*

²⁵ PÉREZ LÓPEZ, *pról.*, 2018: 24.

²⁶ AGUIRRE, 2018: 505.

*sin ellas no seríamos nada. [...]
ese pequeño vaho entrecortado.
Eso somos²⁷.*

En la segunda parte del libro, la poeta juega con los dos sentidos de la palabra anamnesis, el de un informe en donde se registra el propio historial médico y como sinónimo de reminiscencia, es decir, de la acción de representarse un recuerdo en la memoria. De esta manera, la anamnesis comienza con «Expediente», cuyo primer y último verso son «La paciente dice haber nacido el 27 de octubre de 1930./El dato nos conduce a un período de la historia de nuestro país/francamente malo por no decir malísimo», para concluir «Dicho esto vamos a pasar a los datos y antecedentes personales²⁸». A partir de aquí dará paso a la reconstrucción de su autobiografía en la que rememora los amores de su vida: su familia, la música, la poesía de Antonio Machado... y las desolaciones: el horror de la guerra y sus consecuencias, que asolaron su infancia. De ello da cuenta en «Las cicatrices»:

*No puedo recordar
la primera vez que vi el mar
ni puedo recordar
la última vez que vi a mi padre.
Tal vez porque no se pueden recordar
el deslumbramiento del milagro
ni el encuentro con el horror²⁹.*

Y es concretamente en su composición «Datos biográficos» donde, a través de la paráfrasis del famoso poema de Antonio Machado «Retrato», homenajea a su padre:

*Fue mi padre un hombre
alegre donde los haya. [...]
Pasará a la posteridad como
un magnífico pintor republicano
al que la dictadura franquista
asesinó en 1942 por defender
a un Gobierno legítimo.*

²⁷ AGUIRRE, 2018: 503.

²⁸ AGUIRRE, 2018: 513.

²⁹ AGUIRRE, 2018: 517.

*Mi infancia son recuerdos de sus cuadros
sus canciones su risa su amor por mi madre
y algunas horas terribles
«que recordar no quiero»³⁰.*

En su último libro, *Una larga dolencia* (2017), título que alude a la traducción en español de un verso de Rilke: «el tiempo es como la recaída de una larga dolencia», Aguirre medita sobre el paso del tiempo y vuelve de nuevo a su infancia, iniciándose con un emotivo poema en prosa dedicado a sus hermanas:

Entonces, cuando la vida se escondió detrás de la metralla y los niños quedamos al amparo del caos. Tres desconciertos tristes e indefensos, tres pequeñas desgracias aturdidas, cansadas, mudas, espantadas. Eso fuimos. Pero la vida es más inexplicable, y mientras el orden del desastre nos obligó a ser huérfanas nosotras decidimos hacer una alianza contra la que el horror nada pudiera³¹.

Y desde el salón de su casa, la octogenaria Paca Aguirre, recuerda vívidamente escenas de su niñez:

Entran el sol y la vida en mi salita y todo lo que veo son latidos: late la luz iluminando el tiempo y late el tiempo coloreando el alma, un alma pequeñita, tan pequeña como la niña que entró en la habitación cuando en la habitación no había nadie, cuando tampoco había nada: solo el sol barnizando las paredes³².

Evoca con ternura a su abuela, a su madre, luchando contra el infortunio y el hambre, y se pregunta por qué se perdió su tierra prometida, sus ideales. En concreto, mira al pasado de España, al periodo de la Segunda República:

pudimos tenerlo todo: porvenir, familia, leyes, educación, arte, cultura. Pudimos ser los herederos de tres palabras: libertad, igualdad, fraternidad. No pudo ser³³.

Y en distintos poemas con insistencia, como una letanía, va planteando en forma de preguntas retóricas, dudas o demandas, variantes de un mismo verso:

³⁰ AGUIRRE, 2018: 514.

³¹ AGUIRRE, 2018: 573.

³² AGUIRRE, 2018: 574.

³³ AGUIRRE, 2018: 575.

*¿Cómo se mide la distancia entre un tiempo en el que no teníamos nada y sin embargo sin él no había futuro?*³⁴

*Cómo se mide la distancia que hay entre la fosfatina y la metralla*³⁵

*Pero yo necesito medir de otra manera la distancia, medir el estupor que supone cantar*³⁶.

*Tal vez necesito una nueva tabla de medidas, [...] si fuera capaz de pensar que no importa la distancia, [...] si hubiera una manera de eludir el vacío que teje la distancia*³⁷.

Para, por fin, exigir una respuesta que explique el porqué de la ruina y el caos que tuvo que padecer:

*Yo necesito entender desde qué cataclismo geológico, desde qué fondo helado se destruyó y se sigue destruyendo el humilde proyecto de la vida*³⁸.

Al final lo único que parece consolar de tanta incompreensión es el recuerdo de las sensaciones percibidas en su infancia y el impulso vital de fabular como defensa ante una época atroz:

*Las palmeras de la niñez cuentan historias fabulosas. Historias que jamás me sucedieron, pero que siempre tuvieron porvenir. [...] La niñez y sus noches con mareas, el cortejo de jazmineras regalando aroma. Cuando el tiempo se acaba siempre vuelven: las palmeras, las olas, los jazmines*³⁹.

A su vez, en este último verso entrevemos un homenaje a aquel alejandrino encontrado (según se dice) en un bolsillo de su maestro Antonio Machado el día de su muerte: «Estos días azules y este sol de la infancia», la infancia como refugio justo antes de morir, cerrando el ciclo de la vida de principio a fin.

³⁴ AGUIRRE, 2018: 577.

³⁵ AGUIRRE, 2018: 578.

³⁶ AGUIRRE, 2018: 579.

³⁷ AGUIRRE, 2018: 580.

³⁸ AGUIRRE, 2018: 579.

³⁹ AGUIRRE, 2018: 582.

«ABUELO, RESPIRAS COMO UN PÁJARO VIEJO Y HUELES COMO LAS FLORES CORROMPIDAS»⁴⁰

Al igual que en Aguirre la evocación de la niñez es tema constante en la poesía de Antonio Gamoneda, precisamente este periodo de la vida dará título a una antología reciente, de 2016, seleccionada y prologada por su hija. En la introducción, Amelia Gamoneda Lanza comenta:

*La niñez es un tiempo mítico personal donde se origina el yo capaz de hablar de sí mismo, donde su prehistoria cede el paso a una historia que le concierne. Contar la propia infancia reconstruye hacia atrás el tiempo, echa el ancla en el pasado, en un cierto mundo físico, mental y afectivo*⁴¹.

Antonio Gamoneda revisita su obra con frecuencia, de ahí que de un mismo poemario existan sucesivas ediciones ampliadas y reescritas. Partiendo de este hecho, los libros de poemas que en su primera edición el escritor publica en el siglo XXI son: *Arden las pérdidas* (2003), *Cecilia* (2004), *Canción errónea* (2012) y *La prisión transparente* (2016). Además de un par de libros con grabados de Juan Carlos Mestre y sus memorias tituladas *Un armario lleno de sombra* (2009), que comienzan cuando estalla la Guerra Civil y terminan al cumplir los catorce años.

Deliberadamente Gamoneda centra su autobiografía en el periodo infantil, rememorando su pasado, ya cerca de los ochenta años, con la crudeza que imponía la posguerra española. Entre sus páginas se entremezclan la crueldad, el miedo, la tristeza y la melancolía con la ternura y la belleza. En definitiva, el asombro ante el descubrimiento de la complejidad de la vida. Así en *Un armario lleno de sombra* va relatando de forma concisa recuerdos de sucesos acaecidos en su vida entre 1936 y 1945. En ellos, como explica Amelia Gamoneda, «hay más atmósferas que episodios, más palabra interiorizada que presentación de un vecindario, menos personajes que paisajes»⁴², convirtiendo estos sucesos en un género de glosa de muchos poemas del autor.

El recuerdo triste de su propia niñez, desprovisto de cualquier mirada dulcificada, contrasta con el libro que en 2004 Antonio Gamoneda dedicó a su nieta recién nacida, con el título *Cecilia*. En él la niña, en su recién inaugurada existencia, es la portadora de luz, a través de cuya contemplación su abuelo siente que logra aproximarse a lo esencial, a la plenitud:

⁴⁰ De *Canción errónea*, 2012, en GAMONEDA, 2016: 119.

⁴¹ GAMONEDA LANZA, 2016: 7.

⁴² GAMONEDA LANZA, 2016: 10.

*Como si te posases en mi corazón y hubiese luz dentro
de mis venas y yo enloqueciese dulcemente; todo es
cierto en tu claridad:*

te has posado en mi corazón,

hay luz dentro de mis venas,

*he enloquecido dulcemente*⁴³.

O en esta otra poesía en la que, a través del contacto físico con la delicadeza de la bebé, alcanza a descubrir el significado de lo eterno:

*Acerqué mis labios a tus manos y tu piel tenía la suavidad
de los sueños.*

*Algo semejante a la eternidad rozó un instante mis
labios*⁴⁴.

En definitiva, se trata de un conmovedor poemario que recoge el asombro de un anciano ante una nueva vida y el profundo amor de un abuelo por su nieta.

«LA VEJEZ,/EL TRAGALUZ POR DONDE NOS ES DADO/ CONTEMPLAR EL HERMOSO ABISMO DE LA VIDA»⁴⁵

Esa manifestación de gratitud y cariño por la familia une la mencionada obra de Gamoneda con el último poemario de Félix Grande titulado, precisamente, *Libro de familia* (2011). En este libro autobiográfico, el escritor refiere vivencias y conversa, ya como anciano, con sus seres queridos, tanto los que murieron como los que están vivos. Con maestría engarza una singular mezcla de géneros, recuerdos y pasiones, donde el pasado y el presente conviven simultáneamente. Por ejemplo, el viejo alecciona sobre lo que será su vida al niño que ya fue, o «con setenta y tres años cumplidos»⁴⁶ solicita la mano de su mujer (la poeta Francisca Aguirre) a su suegro (ajusticiado después de la guerra) confesándole:

⁴³ GAMONEDA, 2004: 15.

⁴⁴ GAMONEDA, 2004: 19.

⁴⁵ De «Péndulo santo» en GRANDE, 2011: 23.

⁴⁶ GRANDE, 2011: 131.

*queremos mucho, don Lorenzo, a Paquita, la hija de usted.
Y yo además la necesito: para durar,
para iluminar mi escalera,
para morir sin odio*⁴⁷.

De hecho, son continuas las alusiones a su compañera durante cincuenta años y al actual desgaste físico de ambos, contrapuesto a las ganas de seguir festejando la vida. En la composición «Esta vejez» la invita a prepararse ante la proximidad de la muerte, como si de una «cena enigmática» se tratase: «Vamos, yérguete de la silla, ponte guapa:/estamos convidados/a envejecer del todo, y a morir»⁴⁸. Sin embargo, en esta última etapa de su relación parece haberse abierto una nueva forma de vivir su amor:

*Pongo a tus pies mi oferta de alegría,
lo que me queda por vivir, el arrepentimiento
agusanado, la gratitud florida. Tenme.
Pongo a tus pies lo que me queda.*

*Siempre fuimos más jóvenes que hoy:
nunca tan juntos. Nunca tan destino*⁴⁹.

Y en el mismo extenso poema se dirige a su hija, la también poeta Guadalupe Grande, para decirle:

*Pero, amor nuestro, cuando llegue el día
recuerda que en tus lágrimas mamá te está pariendo, [...].
Llora con fasto, hija: no raciones tampoco
la santidad de tu dolor: porque en ese dolor
estaremos resucitando para todo tu siempre*⁵⁰.

APUNTE FINAL

Pese a la concisión que establece esta publicación, se ha intentado demostrar como las obras analizadas, con sus características propias y diferencias de estilo, se entrecruzan en el tratamiento de temas similares. Una mirada desde la última etapa de la existencia, hasta el inicio de la vida, evocando y enfatizando a personas y momentos

⁴⁷ GRANDE, 2011: 131.

⁴⁸ GRANDE, 2011: 26.

⁴⁹ GRANDE, 2011: 30.

⁵⁰ GRANDE, 2011: 28.

determinantes; y de entre ellos los cuatro poetas coinciden en rememorar su infancia: una niñez aterrada por la guerra y una posguerra brutal para los vencidos. Esos niños crecieron sintiendo hambre y miedo, un temor que no lograron olvidar y que intentan comprender al final de sus vidas. De ahí la lucidez del verso de Ángel González que encabeza el título de este artículo, pues se podría considerar un reconocimiento al valor de toda una generación que, pese a todo, ha recogido la memoria de «esta terrible vida a la que amamos tanto»⁵¹.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, Francisca (1995). *Espejito, espejito. Libro de recuerdos*. San Sebastián de los Reyes: Universidad Popular José Hierro.
- AGUIRRE, Francisca (2018). *Ensayo general. Poesía reunida 1966-2017*. Madrid: Calambur.
- GAMONEDA, Antonio (2004). *Cecilia*. Tenerife: Fundación César Manrique.
- GAMONEDA, Antonio (2009). *Un armario lleno de sombra*. Madrid: Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores.
- GAMONEDA, Antonio (2016). *Niñez*. Madrid: Calambur.
- GAMONEDA LANZA, Amelia (2016). *Mitología íntima*. In GAMONEDA, Antonio. *Niñez*. Sel. y pról. Amelia Gamoneda Lanza. Madrid: Calambur, pp. 7-11.
- GARCÍA HORTELANO, Juan, pról. (1990). In GARCÍA HORTELANO, Juan. *El grupo poético de los años 50*. Madrid: Taurus, pp. 7-41.
- GONZÁLEZ, Ángel (2001). *Palabra sobre palabra*. Barcelona: Seix Barral.
- GONZÁLEZ, Ángel (2008). *Nada grave*. Madrid: Visor Poesía.
- GRANDE, Félix (2011). *Libro de familia*. Madrid: Visor Poesía.
- MARZAL, Carlos (2013). *Poética y destino de Francisco Brines*. In ALANDIS, Sergio, ed. *Huésped del tiempo esquivo. Francisco Brines y su mundo poético*. Sevilla: Renacimiento, pp. 88-101.
- PÉREZ LÓPEZ, María Ángeles, pról. (2018). «Hacer lenguaje». *La poesía de Francisca Aguirre*. In AGUIRRE, Francisca. *Ensayo general. Poesía reunida 1966-2017*. Madrid: Calambur, pp. 9-28.

⁵¹ AGUIRRE, 2018: 472.

